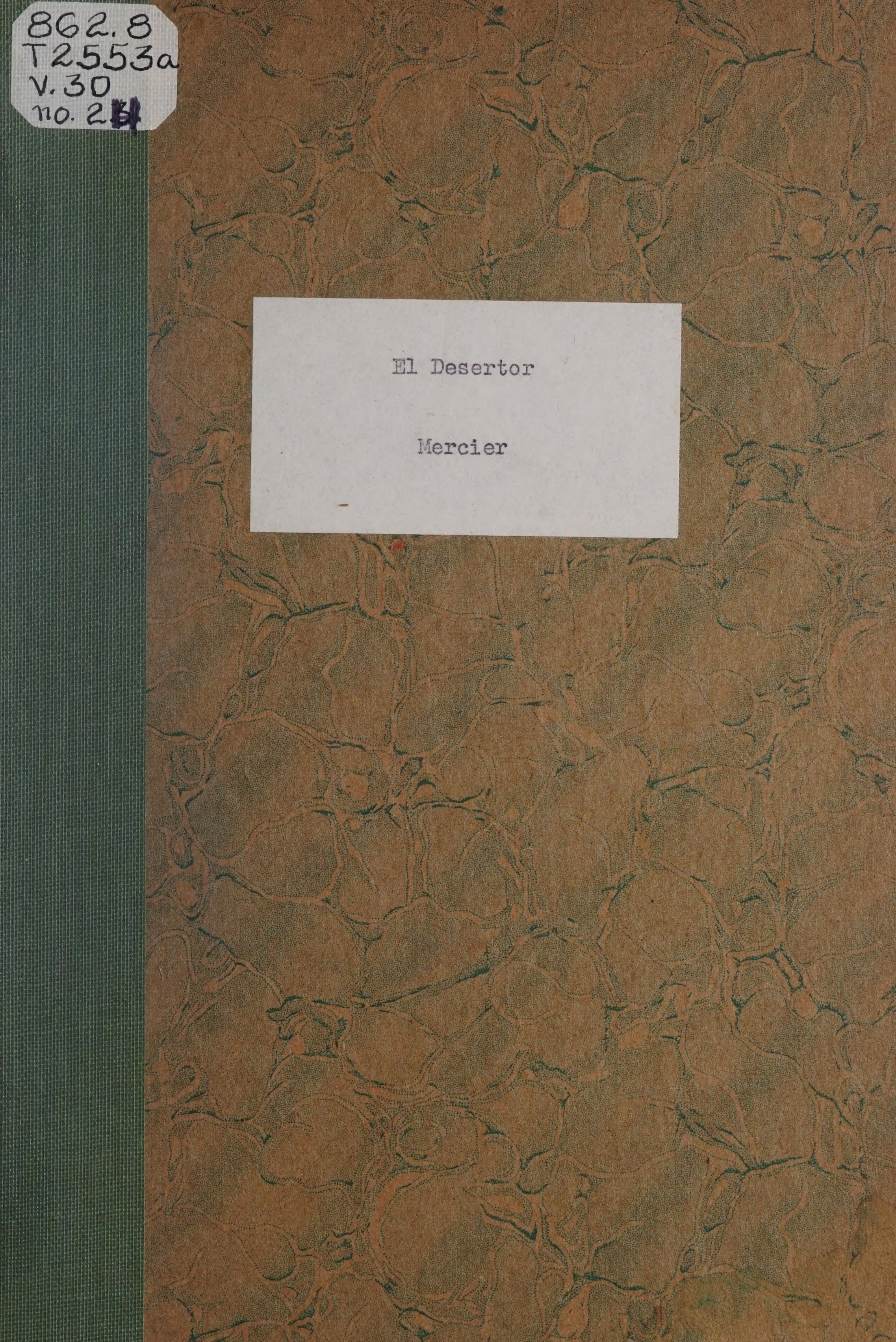
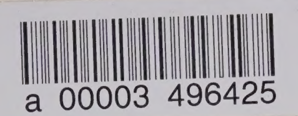
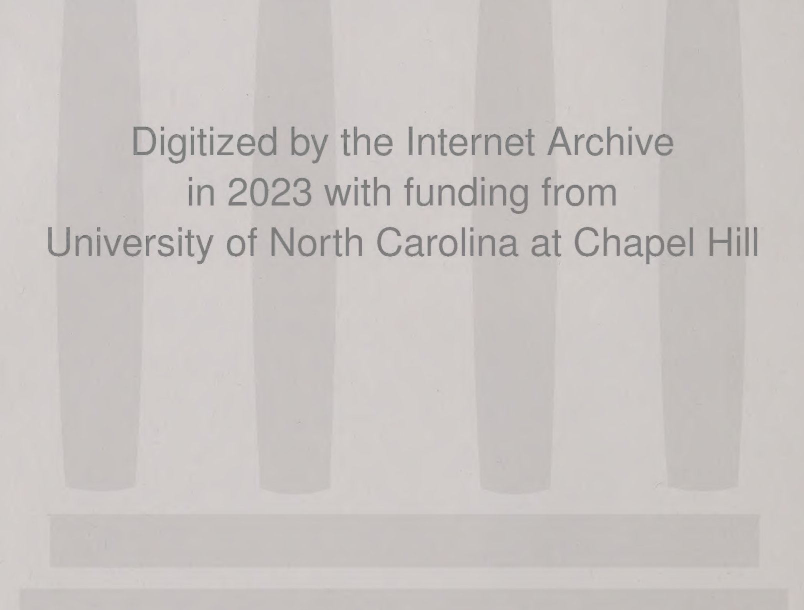

El Desertor
Mercier


a 00003 496425



COMEDIA.

EL DESERTOR.

EN CINCO ACTOS:

ESCRITA EN FRANCES

POR MONSIEUR MERCIER.

TRADUCIDA EN VERSO ESPAÑOL,

*POR D****

Pablo Olavide

E IMPRESA CONFORME SE REPRESENTA POR LA COMPAÑIA

DE EUSEBIO RIBERA.



CON LICENCIA.

MADRID: AÑO DE 1793.

Se hallará en la Librería de Quiroga calle de la Concepcion.

ACTORES.

Dorimel....Mozo Frances que maneja las dependencias del Comercio de la casa de
Estefanía..Viuda de un negociante Aleman.
Clara.........Hija de Estefanía.
Octavio......Hombre soltero, entrado ya en edad.
Balcur.......Oficial Frances jóven.
Francal......Mayor de un Regimiento Frances.
Un Criado, y un Soldado.

LA ESCENA SE REPRESENTA EN LA CASA DE ESTEFANIA.

ACTO PRIMERO.

Salon con tres puertas, y salen Estefanía, y Octavio.

Est. Señor Octavio, repito
que se oponen á mi genio
las sátiras; y el de usted
las freqüenta con exceso:
ó moderarse, ó callar:
Los Franceses son muy rectos;
es nacion digna de aplausos.
Repare usted sus defectos,
y tendrá menos lugar
de censurar los agenos.
Oct. Qué situacion tan terrible!
Todo el Pais está lleno
de tropas: sobre nosotros
se desprende por momentos
la indignacion del destino;
salir, entrar Regimientos
de Franceses; agoviarnos
con cargas y alojamientos:
vagages, víveres: vaya,
que es la Ciudad un infierno.
Y todo esto ¿quien lo paga?
Nuestros míseros graneros.
Est. Señor mio, á los vasallos
de honor, prudencia y talento,
solo les toca callar,
y pagar; el movimiento
y marcha de los soldados,
no se hace al arbitrio nuestro,
si no al de los Soberanos,
que son absolutos dueños.
Los Franceses, hasta ahora
no han profanado el respeto
y atencion á los vencidos;
y por este órden, debemos
esperar buenas resultas;
que quien en los vencimientos
se maneja con templanza,
es para enemigo bueno.
Oct. Señora, usted me impacienta:
sus caprichos son tremendos:
en fin, por que no riñamos
voi á disponer::: *Est.* Que es esto?
dónde vá usted tan furioso?
Oct. A facilitar festejos,
júbilos, y diversiones
que solemnicen el hecho
de haber entrado la Francia
á quitarnos el pellejo.
Quiere usted que pase á mas
mi adopcion á sus conceptos,
que felicitar el daño,
como si fuese provecho?
Est. Los Franceses:: *Oct.* Los Franceses
serán muy santos y buenos,
políticos y marciales;
pero yo los aborrezco.
Est. Sí, y el cariño de usted
les hará gran falta á ellos.
Oct. No les hará, pero yo
siempre viviré contento
con ser un Patricio fiel,
Aleman hecho y derecho:
¿me entiende usted Señorita?
Est. Sí Señor, algo comprehendo;
pero explíquese usted mas
clarito. *Oct.* Sí, sí, que vemos

que usted no aborrece, no,
á los Franceses. *Est.* Es cierto;
á toda Nacion estimo,
y á los Franceses prefiero
por sus buenas circunstancias.
Oct. Sí Señora, de ese efecto
ya estan aqui las noticias,
ha siete años por lo menos.
Este tiempo hace que en casa
tiene usted por su caxero,
ó factor, un Fancesito:
Dorimel: ¡brabo sugeto!
¡Qué entonado está! ¡Que grave!
Est. Señor Octavio, con tiento:
Ese mozo es singular,
laborioso, útil, experto,
económico, prudente;
y por imposible tengo
hallar persona que pueda
desempeñar mi comercio,
si el me falta: sin embargo
de sus virtudes, apuesto
una cosa... *Oct.* ¿A que señora?
Est. A que es usted tan perverso
que le aborrece. *Oct.* Es verdad;
pero yo tambien emprendo
otra apuesta con usted.
Est. Y qual es? *Oct.* Que ese mozuelo
destina usted para esposo
de Clara su hija. *Est.* Es cierto.
Oct. Se burla usted? *Est.* No me burlo.
Oct. Pero como... ¡el juicio pierdo!
Est. Señor Octavio, Clarita
tiene veinte años completos
de su edad, y Dorimel,
treinta poco mas ó ménos:
pues qué boda tan igual....
Oct. Diga usted, y ¿olvidarémos
la terrible antipatía
que tuvo el esposo vuestro
á los Franceses? Yo juzgo
que debeis tener respeto
á su sombra, y no irritarla
con tal idea. *Est.* Los muertos
han dado de sus pasiones,
en el Tribunal Supremo,
la cuenta: á los vivos toca
no poseherse de afectos,
que suele dictar el ódio,
la emulacion y el despecho.
Oct. Ingrata, es usted, Señora,
yo ya solo me prometo,
que tambien se haya olvidado
de los amantes esmeros,
con que en aquellos principios
de su viudéz, quise atento
que á segundo esposo... *Est.* Sí,
dice usted bien; en viniendo
mi hija, he de prevenirla,
que con impulsos perpetuos
de gratitud, reconozca
el favor que la habeis hecho,
en querer ser su padrastro.
Oct. Pero vos.... *Est.* Yo solo debo
sacrificar mi cuidado,
á procurar sus aumentos.
Oct. Pues bien; mudar de dictámen,
y á mi mérito atendiendo,
preferirme á Dorimel.
Est. Clara viene aquí: yo ofrezco
no contradecir la boda
si ella lo consiente; pero...
Oct. ¿Pero qué? Acaso será
mas apreciable un mozuelo
sin hacienda, y sin... mas vale
el callar, pues... *Est.* Yo sospecho,
que hablar de devoluciones,
guerras, conquistas, y asedios
de la Europa, y murmurar
politicas y gobiernos,
es á usted mucho mas fácil,
que penetrar los deseos
de una niña doncellita.
Oct. Ya escampa, y llueven dicterios.
Usted es intolerable,
y me amohina. *Sale Clar.* Qué es esto?
Est. Clarita, no, no te asustes:
has llegado á muy buen tiempo.
Para decidir su enojo,
querrás que tu casamiento
se haga con Octavio? *Oct.* Lindo!
Qué ingenuidad tan sin seso!
A una muchacha, criada
en los retiros honestos
de su casa, facha á facha,
hablarla de los conciertos

de

de una boda; cosa que
abochorna al mas experto.
Señora, usted solicita
apurar mi sufrimiento.
Clar. Señor Octavio, al decoro
y pudor con que debemos
portarnos las doncellitas,
no repugnan los modestos
discursos con que apoyamos
la inclinacion que tenemos.
Oct. ¿Inclinacion? Bien está;
ya no es menester mas que esto:
vea usted con la elegancia,
honestidad y talento
que se confiesa inclinada:
soi dichoso. *Est.* Aun no sabemos
á quien es la inclinacion.
Clar. Al Señor Octavio quiero.
Oct. Claro está. *Clar.* Y le quiero tanto,
que por todo el mundo entero
no permitiria, no,
que su mérito al extremo
pasase de la desdicha
de un desigual casamiento.
Oct. ¿Como desigual, Señora?
Clar. Si Señor; yo considero
mi pequeñéz. *Oct.* Nada importa:
pues soi yo algun Filistéo,
ó Gigante? *Clar.* En vuestras prendas
(si con las mias pretendo
compararlas) lo es usted.
Oct. Dexémonos de rodeos:
ó me quiere usted, ó no.
Clar. Para amigo y consejero
sí; para marido (oh!) no.
Madre mia. *Est.* ¿Y por qué es eso?
Clar. ¿Pues qué no lo sabe usted?
Hay en mí algun pensamiento,
que yo no le deposite
en ese amor y respeto?
No he dicho á usted.. *Est.* Adelante.
Oct. El Frances hierbe en el pecho:
¡O siglo desordenado!
¿Qué ingratitud? Yo la ofrezco
en mi persona un esposo
rico, conocido, atento
y amante; mas me desprecia:
¿Y por quién? Por un mozuelo
pobre, y de ignorado origen.
Ay tal simpleza! Pero esto
que me admira? Madre y hija
son de un metal, y yo creo
que tienen almas francesas,
desde los pies al cabello.
A Dios Señoras. *Est.* A Dios.
Vase, y al oir que hablan de él vuelve, y se oculta al bastidor.
Clar. ¡Ah! Qué diferencia veo
entre Octavio y Dorimel!
O madre! Quánto agradezco
que usted le adopte por hijo!
A las dos nos hizo el cielo
felices, quando conduxo
sus infortunios á nuestros
umbrales. Con qué virtud
nos sirve y nos ama á un tiempo!
Qué blanda emocion excita
en nuestras almas, su recto
obrar, su buen discurrir!
Con permiso de usted, quiero
confesar que sus acciones,
sus miradas, sus talentos,
los estimo, como anuncio
de mi fortuna. *Est.* Yo acepto
el anuncio, sí, hija mia,
pues ya ha llegado el momento
de que te conceda un vínculo
tan amable, como sério:
las obligaciones de hija
van á convertirse luego
en las de esposa; estas son
(mira que así te lo advierto)
mas importantes, extensas
y sagradas. Ten dispuesto
y exâlto el pecho á cumplirlas
en todo acontecimiento;
que hoy Dorimel, sí, será
tu esposo. *Clar.* ¡Mi esposo! O cielos!
usted me sorprende, madre:
eso Señora, es muy presto.
Est. Presto? Por muy eficaz
que se trate un casamiento
de dos que se aman, presumen
que son años los momentos.
Nuestra Ciudad está expuesta
á insultos. Los Extrangeros

fue-

fuera de su Patria, suelen
mudar de conducta y genio,
y contra todo peligro,
darte un protector pretendo.
Clar. ¡Oh, quánto usted se desvela
en mi bien estar! No debo
repugnar vuestro cariño;
y el que á Dorimel profeso,
compite con mi obediencia,
y á vuestros pies me sujeto.
Est. Mira Clara:: él viene aquí.
A buena ocasion. Me alegro.
Meditando estoi el gozo
que ha de mostrar en sabiendo
su ventura. ¡Qué locuras
hará el muchacho! Qué extremos!
Clar. El viene: yo estoi turbada.
¿Me quedaré? No; no puedo
menos de huir. *vase*. *Est*.Clara, Clara?
ella corre como un viento.
Deténgala usted, Señor
Dorimel. *Sale Dor*.Ya va muy léjos.
Infiero que mi venida
causa su fuga. Yo siento
el haber interrumpido
á ustedes. *Est*. No hay nada de eso:
déxela usted; ella es niña,
que no tiene fundamento.
No siempre huirá de usted:
Señor Dorimel, ya es tiempo
que á su mérito notorio,
á los intereses nuestros,
y á un afecto que en usted
he visto, y que yo celebro,
se dé quanta recompensa
le es debida: ¿mas que es esto?
¿Qué tiene usted Dorimel?
Melancólico? Suspenso?
Los ojos humedecidos,
y transformado el aspecto
natural? Usted padece
algun mal; ese silencio,
ese semblante, no están
del modo que yo deseo
para tratar los asuntos
que hasta este punto reservo.
¿Tiene usted tal vez que darme
algun aviso funesto?
Nuestros caudales padecen
quiebra, ó accidente adverso
del correspondiente? *Dor*. No
Señora; me lisonjeo
de las ventajas que noto
en el balance que he hecho;
y por los libros de caxa
(que con el mayor arreglo
entregué á usted) se verá
son sus intereses ciertos.
Est. Sí, pero ahora me ocurre
una sospecha. ¿A qué efecto
me ha entregado usted los libros?
Yo no los pedí: ¿qué debo
inferir? Ha Dorimel!
mucho mal dice ese aspecto.
Sus paisanos de usté están
victoriosos, placenteros,
y usted triste, demudado?
Y quándo? quando en el pueblo
se oyen del nombre Frances
tantos aplausos. Yo pienso
que aunque se dexe la Pátria
siempre se le tiene afecto.
Y si el corazon de usted
no tuviese algun secreto
sinsabor, celebraria
sus triunfos, y al mismo tiempo
el anuncio de una dicha
que yo le guardo. *Dor*. No espero
cosa feliz: no Señora.
Est Usted con ser extrangero
no ha intentado seducir
á mi hija: y yo advirtiendo
ese honrado proceder
le elijo á usted por su dueño.
Dor. ¡Ha Señora! Qué imprevisto,
qué furioso golpe acerbo
me hiere? En qué circunstancias?
mi bienhechora, qué léjos
está usted de conocer
mi situacion. Yo confieso
que en lo íntimo del alma
dí entrada al encanto bello
de una amorosa esperanza.
A Clara la adoro; pero::::
Diga usted, ¿ella me quiere
sinceramente? *Est*. Prometo

res-

responder, si usted me ofrece
el tener juicio mas recto.
A la verdad desconozco
á usted. *Dor.* Que decida espero
hoy con su declaracion
mi suerte en solo un acento.
Est. Pues lo que voy á decir
es positivo: comprehendo
que el corazon de mi clara
es muy de usted. *Dor.* ¡Santos cielos!
ya podré desafiar
al destino, sí por cierto.
Clara me estima. Está bien.
Ser su fiel esposo puedo;
pero á esto ¿ que se sigue?
un irremediable riesgo:
abandonarla; perderla.
¡En quántas dudas me veo!
Huiré? No: aunque pagase
con mi cabeza el postrero
instante de esta fortuna,
me quedaré. *Est.* Yo no entiendo
esta confusion de usted,
me atemoriza, y ya llego
á presumir que su pena
tenga mucho fundamento.
Seria usted desgraciado:::
Dor. Si lo soi; el noble afecto
de usted me entrega á su hija:
¿ me conoce usted? Al ménos
no deberá sospechar,
que quien dexó el pátrio suelo,
tenga alguna oculta causa?
Yo no engaño á quien venero.
Quizá una palabra mia
rebocaría al momento
esa ciega propension
con que usted habla en obsequio
de mi suerte. Clara misma
me aborrecerá en sabiendo
quien soi, y se afrentaria.
Est. ¡Ah! usted, Dorimel? No puedo
equivocarme jamás:
ha quebrantado el silencio
en qué empezó á suspirar
ocultos males, es cierto:
¿ mas qué importa la primera
sensacion que en nuestros pechos
causó usted? por fiadora
salió, sí, de su manejo.
Cada dia ha conmovido
nuestras almas á un intenso
cariño, y yo no presumo
que en tan prudente sugeto
haya un corazon culpable,
torpe, ó delinqüente. Creo
que en el de usted me interné,
y con escrúpulos sérios
exâminé su conducta.
Por lo que usted es, infiero
lo que ha sido. Finalmente
usted es ya en mi concepto
esposo de Clara; ahora
ó rebele su secreto,
ó calle, que en qualquier forma
le he de querer y le quiero.
Dor. Lo sabrá usted todo; escuche,
y si yo tuviere aliento
de hablar, usted de escucharme
tenga ánimo. *Est.* Me prevengo.
Dor. Yo soi hijo de un soldado,
á quien no tuve el consuelo
de abrazarle, pues la suerte
le arrastró á los extrangeros
paises, donde fijaba
su teatro el Dios guerrero.
A los quice años de edad,
destituido de medios,
y de su exemplo animado
senté plaza en Regimiento
distinto del de mi padre,
que pasó el Piélago inmenso.
No se abatió mi valor
en este penoso empleo,
ó profesion militar,
porque en todos los encuentros
mostraba un alma invencible:
¿ mas que importa? Quiso el cielo
me tocase un Coronel,
que era su mayor recreo,
su complacencia, y su gusto,
el agoviar con el peso
de su injusta autoridad
á todos los subalternos.
Postrada mi alma al yugo
de sus crueles preceptos

pa-

padecia resignada,
hasta que llegó un momento
en que á su indebido trato
no bastó mi sufrimiento.
Rebosáron los herbores
de la sangre, y no pudiendo
sugetarla, repliquéle
airado, y ménos modesto.
Insultóme su baston,
ultrage que en todo tiempo
me confunde, y abochorna,
y que en aquel lance fiero
vengó el brazo involuntario,
sin premeditar el yerro.
Presto ví mi esclavitud;
con que mirándome preso
busqué un instante á la fuga,
y la logré con efecto.
Por la herida y desercion
de cárcel y regimiento,
á muerte me sentenciáron,
segun he sabido luego.
Fugitivo, errante, y triste
llegué á esta frontera; el cielo
propicio, me concedió
en casa de usted consuelo,
y fortuna. De este asilo
he gozado sin desvelos,
siete años tranquilamente:
pero en el mejor momento
de mi vida, en el instante
mas feliz á mis deseos,
ha conducido la guerra
á este pueblo el regimiento
donde he servido. Los Jueces
que han pronunciado el decreto
de mi muerte, están aquí:
si me conocen es cierto
mi precipicio, infalible
mi muerte. Yo no me atrevo
á resolver. Si me aparto,
yo propio me violento,
y arranco este corazon,
que es de ustedes. Si me quedo,
es para afligirlas mas:
¿ qué he de hacer en tal aprieto?
Est. Mi querido Dorimel,
espere usted pensarémos
lo mejor; recogeré
los sentidos, aun acuerdo
general de la razon.
Perturbada estoi: no acierto
á discurrir. *Dor*. Ay de mí!
Sale un Criad. Señora, los regimientos
han entrado. Trate usted
de darles alojamiento
á dos Oficiales. Estas
son las voletas. *Est*. Ve presto,
y en los dos últimos quartos
del corredor, puedes luego
facilitar su hospedage,
que no falte cosa en ellos.
Dor. Ha Señora! Por qué usted
no ha colocado su afecto
y estimacion en un hombre
menos desgraciado? *Est*. Creo
que usted no me ha conocido.
Prenda es de ambiciosos pechos,
querer solo á los dichosos;
sí, mi Dorimel, pensemos
en atajar la desdicha;
la fuga yo no la apruebo,
porque pudiera ser causa
de que se anticipe el riesgo.
Oculto en casa, es mas fácil
burlar de la suerte el ceño.
Muchos de los Oficiales
se habrán trasferido ó muerto,
y es dificil conocerte.
Vamos. Animo: mi pecho
está tranquilo: no temas
ningun funesto suceso.
Las tropas presto se irán,
y succederá sereno
el cielo á la tempestad
que ahora amenaza, y los riesgos
referidos en la calma,
serán un nuevo recreo
á nuestras conversaciones:
Sí, mi Dorimel. *Dor*. ¡Oh! el cielo
dé el premio á tanta bondad.
Usté es todo mi consuelo.
Ojalá que un padre amado,
de quien de mis años tiernos
no he sabido, aquí estuviese!
El, á mí agradecimiento

(aña-

(añadiéndole quilates)
le daria complemento.
¡Qué será de él! Si supiera
que su hijo... jamas pienso
en esto, sin que oprimido
dexe de sentir un peso.

Est. Dorimel, dexa discursos,
y á lo que importa pasemos.
Tú al despacho te retira,
que á espaldas cae de nuestros
almacenes, y no salgas
de allí por ningun pretexto.

Dor. Mas, sobresaltada Clara,
¿no es preciso me eche menos?
Me buscará; y de no hallarme...

Est. Yo sabré buscar pretextos
de tu retiro con Clara,
y en lo demas obre el tiempo.
Entra Dorimel; ¿qué aguardas?
¡Triste de mí! *Dor.* Ya obedezco. *v.*

Sale Oct. No es nada lo que he sabido.
¿Esto tenia encubierto
el Frances, y pretendia
competirme el galanteo?
En mi mano está el perderle,
pues si acudo al Regimiento,
y le declaro, le ponen
en un suplicio al momento.
Esto será lo mejor:
pero no, lo pensarémos,
y siempre haré lo mas malo,
si me aconsejan los zelos.
¡Pobrecillo! A la verdad,
me admiro, y le compadezco. *vase.*

ACTO SEGUNDO.

Quarto de Francal, y en él, este y Balcur.

Balc. Somos muy afortunados:
que una posada tan büena,
en muchos años de marcha,
con dificultad se encuentra.
¿Qué muchachas madre é hija?
Juzgo no habrá competencia
entre las dos; para tí,
la madre viene de perlas,
como para mí la hija.
¡Qué alianza tan estrecha
habeis de hacer! Me parece
que ya os veo en paz serena,
ocupados en contaros
silla á silla, vuestras tiernas
mocedades: oyes, no,
y no hay que hacerse de pencas,
que la viuda, es cosa aun
apreciable: sí: ¡Qué fresca!
¡Qué muchachona! No hay mas,
Francal, vaya, sin reserva,
es forzoso me confieses
que la mamá reverenda,
es lo mismo para tí,
que para mí, amigo, fuera
una chica de quince años.
Juzgo que pocos mas tenga
la Clarita. *Franc.* ¡Qué locuras!
En la casa apenas entras,
quando ya Balcur, destinas
hija y madre: ligerezas
de tu condicion alegre:
discurres que las bellezas,
son como flor en el campo,
que la logra el que la encuentra:
no amigo, no, es menester
que haya tiempo, y ellas quieran.
No persigas las mugeres,
en un Pais donde es fuerza
el pelear con los hombres.
Voto á quien; que si pudiera...

Balc. Toma: asi los vencerémos
mejor, porque las finezas
de las damas, me transforman
en Marte. Dí, mientras llega
el trance de una batalla,
¿qué imitacion de la guerra,
hallarás como el amor?
Hay baterias, hay flechas,
bombas; (y algunos amantes
¡qué disformes que las echan!)
hay emboscadas, asaltos;
y quando los zelos queman,
hay un fuego que parece
que todo el mundo se incendia.
Finalmente, en el amor
hay plazas y fortalezas,
que unos las toman por grado,

y otros las dexan por fuerza.
Franc. Tú haces el papel de amante,
quizá sin pasion. *Balc.* Lo yerras.
Amigo, mi corazon
es combustible, en las prendas
de la Clarita, se abrasa.
¡Qué muchacha tan perfecta!
¿Has visto un corte de cara
mas graciosa? ¿Mas bien hecha?
¿Mas delgada de cintura,
que parece que se quiebra
entre las manos? Amigo,
nuestra obligacion se encierra
(despues de Dios y la Patria)
en servir á las bellezas.
Déxame rendir ahora
esta hermosa fortaleza,
que despues yo iré á matarme
con los contrarios que quieras.
Franc. ¿Quántos corazones tienes?
Balc. La pregunta está muy buena:
uno no mas. *Franc.* ¿Uno? *Balc.* Sí.
Franc. Pues si en cada Pueblo dexas
tres ó quatro corazones,
¿cómo harémos esta cuenta?
Pero Balcur, ten presente,
que la casa que te hospeda,
es digna de respetarse.
Balc. Oh, es mi amor sobremanera
respetuoso. *Franc.* Y esa niña
es virtuosa, es honesta.
Balc. Mas prendas para estimada:
cabalmente á mi me elevan
la honestidad y virtud.
Franc. Y está bajo la tutela
de su propia madre. *Balc.* ¿Y bien?
Esté muy en hora buena.
Franc. No seas loco, y premedita
los desastres que acarrean
esas imaginaciones
desórdenadas y feas.
Balc. ¿A mí desastres? *Franc.* A tí:
¿tú reputas por materia
de poca entidad, hacer
desdichada á una doncella?
Balc. ¿Desdichada, por quererme
á mí? ¡Bien dicho! Me peta
el discurso: ¿con que el verse
dueño de esta real presencia,
es desdicha? Estas gracioso.
Franc. Si en ese estado la viera,
qué lágrimas verteria
su madre. *Balc.* Francal, me elevas
con tus sermones; mas cree
que el que mas me convenciera,
era echar sobre mis años,
unos veinte y cinco, ó treinta
de los que á tí te entristecen,
te fatigan y molestan.
¡Qué sermones diré yo,
en llegando á los sesenta!
Franc. Dexemos eso. *Balc.* Haces bien
que le ha dado á tu conciencia,
furor de moralizar.
Franc. Calla, que la madre llega.
Sale Est. Sean ustedes bien venidos.
Balc. Señora, el acaso ordena
muchos sucesos mejor
que la mejor diligencia:
él nos conduxo á esta casa,
que es mansion de la belleza,
y deseamos que usted,
nuestra gratitud entienda.
Tenemos ojos, nacidos
para conocer sus prendas,
y corazones dispuestos,
para amarlas muy de veras.
Est. Esas voces acreditan,
que es Frances quien las expresa:
de su boca jamás se oye
cosa que digna no sea
de estimacion. *Balc.* Por ventura,
¿usted conoce la escuela
de los Franceses? *Est.* Sé bien,
que desde su edad primera
estudian la urbanidad.
Franc. Pero el caso es que la aprendan
algunos. *Balc.* Ya me figuro,
Señora, en esa alhagüeña
condicion de usted, un gusto
precursor de complacencias
exquisitas; yo aseguro
que nada faltarnos pueda
en esta casa: ¿es verdad?
Nada, nada, como suena.
Est. Usted lo ha dicho, y es justo

que

que al descanso se concedan
ustedes: el hospedage
dispuesto está; quando quieran,
podrán pasar á ocuparle.
Balc. ¡Adorable muger! ¡Bella!
nuestro quarto como esté
inmediato á la vivienda
de usted, será como un cielo
de todos modos. La guerra
trae la incomodidad;
y los soldados es fuerza
acomodarnos á todo:
solo lo que nos molesta
es la soledad, y á mí
en especial me rebienta.
Mas cuenta, que los Tudescos,
me han hecho mil morisquetas,
en esto de alojamientos.
Tienen por su conveniencia
unas casas espaciosas,
que el fin no se les encuentra,
y á los soldados destinan
(como si apestados fueran)
en el extremo remoto
de la principal vivienda.
Yo soi manso si me alhagan
implacable si me alteran:
vivamos con amistad,
y para empezar la nuestra,
venga un abrazo. *Est.* ¡Oh! Sin él
puede haber correspondencia.
Balc. Entiendo. Usted es prudente
y mirada: no me pesa.
Cabalmente el miramiento
es la inseparable prenda
es mi gran conducta; pero,
Mayor, si todo lo aterras
con tu seriedad: tal vez
algunas Señoras piensan,
que este ceño es adustez,
pues no es sino una tristeza
inseparable, que nace
de otro motivo, él aprecia
las prendas de usté infinito.
A donde está aquella bella
Señorita, cuyos ojos
compiten con las estrellas.
Pues le vé usted, ahora acaba

Francal se encoge de hombros.

de decirme mil ternezas
para ella: mamá mia,
haga usted por Dios que venga:
no hay que escusarlo, porque
es vehemente, y si se empeña
lo echaria á rodar todo.
Franc. ¡Qué dislates! ¡Qué demencia!
Señora, usted no se enoje
de esa juventud, que es fuerza
que evapore sus locuras.
Todo en palabras se queda.
Est. De la prudencia de usted,
nada infiero que no sea
muy decente, ni mi hija
tendré reparo que venga
á su presencia, porque
es virtuosa, es honesta,
y mañana tendrá esposo.
Balc. ¡Cómo! ¿Pues casa usted esa
tierna criatura tan pronto?
¿No podrá estarse soltera,
hasta que hayamos partido?
Franc. Señora, usted no difiera
hacerla dichosa: ¿es bueno
el novio? *Est.* Quanto pudiera
apetecer mi conato
á su bien estar. *Franc.* Pues ea,
no hay que detener la boda,
quando la ventaja es cierta.

Sale el criado.

Est. ¿Federico? Dile á Clara,
que yo la llamo, que venga.
Criad. Haré lo que usted me manda. *vas.*
Balc. ¿Pero es usted quien ordena
esta boda? *Est.* Si Señor.
Balc. ¿Apostemos que se yerra?
Vaya que la Señorita
no ama al novio. *Est.* Con licencia
de usted, que le quiere mucho.
Balc. Sí; es factible que le tenga
un si es no es, de inclinacion,
que en todo Pais, ó tierra
es un marido una cosa
de bastante conveniencia.
Pero no será ese fuego
como aquella activa guerra
que otras por mí han tolerado.

No es nada la diferencia:
si aquello era una locura,
un delirio. *Est.* De que ellas
habrán tenido buen pago,
si lo han creido indiscretas.
Sale Clar. Señora, ¿que manda usted?
Bal. Esta es, Francal mio, esta
la que me tiró el flechazo:
¡mira que hermosa! ¡Que honesta!
Con el rubor que la ha dado
salir á nuestra presencia,
de rosas se le han llenado
las megillas: ¡ah! ¡Que bella
mano! Preciso es Señora,
que ese corazon comprehenda
quan activo fuego enciende
en mi pecho. *Clar.* Usted suspenda
sus acciones y palabras,
que reservarlas debiera
de mí. *Est.* Señor Capitan,
haya un poco de decencia,
y moderacion. *Bal.* ¿Pues qué,
¿Se extrañan en esta tierra
los inocentes favores
de las damas hechiceras?
Mireme usted, que no soi
en esencia ni en presencia
Tudesco, soi un Frances.
Franc. Mira que aquí representas
á la Nacion, y no es justo
que la calumnien tus mesmas
operaciones: Balcur,
ya sabes que debes... *Balc.* Cesa:
ya sé que debo adorarla,
y así lo hago. ¡Qué flechas
no vibra de aquellos ojos,
capaces de hacerle guerra
al Oficial mas valiente,
del Exército! ¿Te alteras?
No lo dudes: á mí, á tí
con toda aquesa severa
circunspecion, te pondrán
mas suave que una manteca.
No tienes que echarme en cara
que á la Nacion hago ofensa:
á mi Nacion represento
quando estoi de esta manera.
Podemos lisonjearnos
(sin vanidad) que en la tierra
hombres como los Franceses
tan amables, no se encuentran:
conocen bien los quilates
de la hermosura, y los pesan
con quantas obligaciones
dicta la mayor escuela.
A la verdad, Señorita,
usted era propria prenda
para un Frances. *Est.* ¿Qué sabemos?
Balc. Yo lo se por cosa cierta.
Solo un Frances será digno
de poseer esa belleza,
con que á usted la han destinado
á un marido. ¿Que sorpresa
es esta? ¿Y qué hombre es?
Uno de mediana esfera
sin duda: algun Aleman,
¡He! Casi zelos tuviera
á no ser quien soi. *Franc.* Qué hablar
tan sin fundamento: ea,
sirvete venir conmigo,
y tranquilamente dexa
á estas honradas Señoras.
Tengo que hablarte en materia
mas importante. *Balc.* Tu ignoras
Francal, lo que vale aquella
muger hermosa: ¿no ves
que corte de cara aquella,
é ir á casarla tan pronto?
Quiero decirlo. *Franc.* Que vengas
te pido. *Balc.* Y lo probaré
tambien, que solo era prenda
para un Oficial Frances.
Franc. Tu quieres que te aborrezcan
por tu locura: ea ven,
ó será de esta manera
ásele del brazo.
por vida de brios. *Balc.* Madamas,
abur: me lleva por fuerza. *vanse.*
Clar. ¡Qué loco desenfrenado!
¿Este manda hombres? *Est.* De esta
suerte aconstumbran mandar
dentro de su casa mesma
al que hallan débil. *Clar.* Qué harán
los soldados quando observan
que sus Xefes... *Est.* Bueno está.
Sale Dor. Con qué terrible impaciencia
es-

esperaba este momento.
¿ Puedo ya sin contingencia
dexarme ver? *Est.* ¡ Imprudente!
¿ Que hace usted? Váyase apriesa.
Clar. ¿ Y por qué madre? *Est.* Por nada.
Clar. Es precisa mi sospecha,
pues usted se ha reprimido
muy de repente en aquella
eficacia de apartarle.
¿ Y usted de que se amedrenta?
¿ Qué tiene usted Dorimel?
¿ y por qué hizo resistencia
á venir conmigo aquí?
Usted es hombre, y debiera
reportar á sus paisanos,
y contener su inmodestia.
Dor. ¿ Contenerlos? Pues acaso...
Est. Dexemos eso: ¿ te acuerdas
de lo que te he dicho, Clara,
en quanto á que no te metas
en cosa alguna? Te ofrezco
de que corren por mi cuenta
vuestras dichas. *Clar.* Está bien:
haré quanto usted ordena.
Est. Abrazaos, hijos mios,
y esta union, vínculo sea
de un amor irrevocable.
Recordad al contraerla
la benignidad del cielo,
y ofrecedle muy de veras
aquesos dos corazones
que agradecen su clemencia:
abrazadme á mi tambien.
Clar. ¡ Qué fortuna tan completa!
Dor. ¡ Ah Clara! *Est.* Dexa suspiros.
Ya mi piedad te la entrega:
toma su mano. *Clar.* Y el alma
te doi, Dorimel, con ella.
Est. Dios quiera que en cada hora
logreis, hijos, una nueva
felicidad. *Dor.* El permita
que Clara dichosa sea,
tanto como en este instante
soi yo felice por ella.
En qualquier destino mio
serás en mi pecho eterna,
hasta el punto de mi muerte.
Clar. Dorimel, ¿ qué voz es esa?
¿ Con qué tono lastimoso
ahora tu fin me acuerdas?
¿ Qué triste presagio es este?
¿ Qué imagen me representas?

Dorimel besa con ternura la mano de Clara puesto de rodillas, y sale Balcur de puntillas.

Balc. Muy bueno, ¡ bueno!
me gusta; me lisonjea
el aparato amoroso.
El Aleman no es badea.
Como se abanzó á la mano.
Est. Dorimel, Dios te defienda.
Balc. En fin, Señoras, ustedes
por jugarme morisquetas
de esta clase, á los antípodas
de su casa me destierran.
Est. ¿ Señor Oficial? *Balc.* Señora...
Est. Presumo que es nada buena
su crianza; ¿un hombre honrado
habla con tanta inmodestia?
A usted se le ha destinado
un quarto para que pueda
descansar en él. *Balc.* Si usted
dádome por quarto hubiera
el corazon de esa niña,
no haya miedo que saliera
de mi quarto, ni á comer.
A pesar de usted (severa
madama) nuestro derecho
de conquista asi lo expresa.
Aquí tiene usted un hombre
que si Rey del mundo fuera,
idólatra de esos ojos
la pondria la diadema.
Clar. Es usted un... insufrible.
Est. Si sus modales no arregla
le veremos con horror.
Balc. ¡ Horror! ¡ Expresion tremenda!
Esa es horrible palabra;
pero aquesto no concuerda
con lo que acabo de ver:
como es el que en su presencia
estuviese ese Aleman
bebiéndose á boca llena
el cristal de aquella mano.
Pues por qué á mí se me niega
hermosura... *Est.* Aparte usted.

Bal-

Balc. Entiendo la resistencia:
los militares tenemos
como en la uña las reglas
de la defensa, y ataque.
Est. Caballero, usted se ciega
en insultarnos. *Balc.* Y él,
¿que negocio, ó dependencia
trae conmigo que me mira
con unos ojos de fiera?
Vaya, ¿que quiere? ¿No habla?
Dor. No haga usted que mi paciencia
le responda. *Balc.* Bueno, bueno:
insolente es? *Dor.* La insolencia
es, de quien á esta Señora,
la trata sin reverencia.
Ese uniforme que á usted
le inspira osadias necias,
á mi me infunde respeto,
y á no ser por él, hiciera...
Balc. ¡Habrá cosa mas graciosa!
¿me amenaza? ¡se enagena
de furor? Ola, parece
que el amigo es de mi tierra.
¿Que? ¿Eres Frances? *Est.* Dorimel,
¿que hace usted? váyase afuera.
Clar. Vente esposo mio, vente
que no quiero que te pierdas.
Dor. Fuerte rigor es callar
quando la sangre se quema
en justas iras de honor.
Balc. ¿Me cede el puesto? Era fuerza.
¡He! no es este mal principio.
Clar. ¡Quanta libertad enseña
un trage de dos colores!
Vase llevando á Dorimel por fuerza: Balcur quiere seguirla, y Estefanía le detiene.
Balc. Fugitiva, aguarda, espera.
Est. Caballero, usted se olvida
de la atencion y decencia
que corresponde á su clase,
y nos trata con vileza
indigna. *Dor.* Puede ser llegue
ocasion de que contenga
este brazo su osadía,
dando... *éntrale Clara.*
Balc. Diga usted, ¿la guerra
ha de ser entre los dos?
Habrá valientes peleas
si á usted no adapta el despejo,
y las costumbres Francesas.
Est. No me es dable responder
á lenguage tal: mas sepa
que por esta, y otras causas
toda gente de prudencia
vé que uno de los desastres
mas sensibles de la guerra,
viene á ser el franquear
á ustedes las casas nuestras. *vase.*
Balc. Las mugeres, al principio
son airadas y tremendas;
luego suelen humanarse
aun mas que los hombres piensan.
Seguiré en esta humorada
de fingirla mil finezas,
y asi pasaré unos dias
con alguna complacencia;
si no, el diablo que aguantára
los trabajos de la guerra.

ACTO TERCERO.

Salen Francal, y Balcur.

Franc. En el Consejo de Guerra
la última desercion
ha dado mucha impaciencia.
Balc. Veinte y siete han desertado
en tres dias: ¡que insolencia!
Vengan ahora á pedir
perdon por el que se prenda.
Pobre del que caiga. *Franc.* ¡Pobre!
¡Lei respetable, y tremenda!
Convertir contra sus vidas
aquellas armas, aquellas
que han ganado las victorias!
Afecto yo con violencia
á que ninguno se empeñe
en favor del que cometa
desercion: á la verdad
me transforma, y me enagena
ver el sangriento aparato
quando un desertor se lleva
al suplicio. A mi me obliga
por mi empleo, á hacer la seña
de muerte. Ninguno, amigo,
de vosotros, vé tan cerca

el

el espectáculo horrendo;
pues sus miradas postreras
tal vez las fixan en mí;
y la sangre que violentan
las balas, suelen mancharme.
Es muy justo que padezcan;
razon es se les castigue
porque osados menosprecian
las ordenanzas del Rey;
mas permiteme que crea
que entre ellos los hay mas dignos
de lástima, que de afrenta.
Nosotros los sentenciamos
á nuestro salvo; si hubieran
los Oficiales pasado
por la fatigosa esfera
de soldado raso, entónces
juzgáran con mas clemencia.

Balc. Dios me libre de juzgar:
á mí que vayan, que vengan,
que deserten, ó que sirvan,
nada me importa; y no dexan
de repugnarme bastante
los enganches; pues la fuerza
ó la seduccion los hacen,
y asi son las conseqüencias.
¿De qué nos sirve llevar
á la guerra, una caterva
de involuntarios Soldados
que á fuerza de la entereza,
y militar disciplina
caer las armas no dexan?
¿Por qué se ha de conceder
al que por fuerza pelea,
el esplendor y la honra
de que en las batallas muera?
Resérvese para aquellos
á quienes la reverencia,
y el amor á su Monarca
los inclina á esta carrera.
Entónces seguramente
se ignoraria aun siquiera
el nombre de desertor.
Mayor, me ocurre una idea:
mira, si treinta Oficiales
valen en una pelea
tanto como un Batallon,
¿no podia la Nobleza
formar sola de por sí
un pequeño campo; y esta
combatir valiente, audaz
é intrépida? ¿Quién pudiera
resistir tanto valor?
Bolaria con presteza
á conseguir la victoria:
ni solo un palmo de tierra
retrocedería ninguno:
y en la mas sangrienta escena
el campo de la batalla
quedar cubierto pudiera
de cadáveres: mas nunca
abandonado. *Franc.* Me eleva
aquese ardor militar.
Los que siguen esa escuela
cogerán preciosos frutos:
Pero, Conde, amigo, piensa
que al soldado raso que
cumple tambien en la guerra
como el mejor Oficial,
aunque á ello no le muevan
los mismos motivos; pero
muchas veces se desertan
los pobrecitos soldados,
porque aquel que los gobierna
no pone la reflexîon
un solo instante siquiera
en el lugar del que sirve,
y con todo la sentencia
de muerte firman; ¡Oh Dios!
Tan mala es la resistencia
á lo que mandan las leyes
en la imposicion de penas,
como no saber pensarlas,
con christiana indiferencia.
Pero dexando esto aparte;
siento, Balcur, que no quieras
evitar que las patronas
formen de tí justa quexa.
Me han dicho. *Balc.* Francal, á Dios,
que en tocando estas materias,
deliras, y yo me enfado. *vase.*

Sale Estefanía.

Franc. Señora, suplico á usted
que perdone los desvarros
de Balcur, él es un jóven
que parece temerario;

pe-

pero en medio de las cosas
de su génio, tiene rasgos
de hombre digno: doi á usted
palabra que... *Est.* Está acabado,
no se hable mas del asunto.
La pena que nos ha dado
su condicion, se subsana
con el virtuoso trato
de usted. *Franc.* Una juventud,
un talento inmoderado,
ha de trocar en juguete,
el sério empleo en que estamos.
Sí, nuestros Oficios, ellos
por sí debieran sacarnos
las lágrimas á los ojos,
bástenos para quebranto
obedecer la terrible
necesidad en que estamos
de cerrar en las batallas
nuestros oidos á el llanto,
el clamor, y compasion
con que nos está gritando
allí la naturaleza,
sin que despues excedamos
el órden de humanidad
en las horas de descanso.
¡Oh obligación de la guerra!
Bien sabe el Cielo que quando
te desempeño, le impongo
silencio á mi génio humano.
Est. Esos benignos afectos
á conocer me están dando
el piadoso natural
de usted; reflexîono quantos
sinsabores ha tenido,
quantas heridas pasado,
quantas lágrimas vertido,
y suspiros exâlado.
Usted será muy dichoso:
el que hace bien siempre ha hallado
premio. *Franc.* Con todo, Señora,
soi infelíz. *Est.* Sin embargo,
el noble empleo de usted
puede atemperar los daños;
porque un Oficial á veces
hace un papel mui honrado,
y muy lucido. *Franc.* Señora,
á un Oficial veterano
recompensa sus servicios
el oficio que yo alcanzo.
Est. Es verdad, asi lo advierto.
Franc. Yo he sido Soldado raso;
hoi soi Sargento Mayor
que ha cinco años me mudáron
al Regimiento en que sirvo:
mis méritos dilatados
me han dado el grado que obtengo;
pero hoy soy mas desdichado
que nunca: tengo enemigos
que solicitan mi estrago.
El Coronel me aborrece:
su hijo Balcur es harto
mas prudente que su padre;
tiene alma noble; ha mostrado
ser mi defensor; los otros
aun se ofenden de mi lado.
Mas perdone usted, Señora,
me olvidé, que estoy hablando
de mí mismo, y no es razon
turbar con mis sobresaltos
la tranquilidad de usted.
La creo felíz, y la hallo
próxîma al mejor momento
de dár á su hija estado.
Es bella criatura, amable,
y virtuosa. Cuidado
no engañarse en la eleccion
de su consorte, y pensando
darla un destino felíz,
la sepulte á eterno llanto.
Est. No Señor, porque el esposo
que la doy es un muchacho
de bellas prendas. *Franc.* Me alegro,
y vuelvo á decir que alabo
su felicidad. *Est.* ¡Ay Dios!
No todos los aparatos
de la fortuna, son ciertos:
es su semblante muy falso,
y cada corazon tiene
algunos sustos, que quanto
mas se ocultan, hieren mas.
Franc. ¿Como Señora? No alcanzo
ese misterio. *Est.* Hay motivos
para tener reservados
ciertos sinsabores que
no conduce declararlos.

Franc.

Franc. Usted dice bien, Señora,
yo algunas veces me paso
un deseo eficacísimo
de quexarme, pero no hallo
persona de confianza.
No me amplío, sufro, y callo:
de ambiciosos imposibles
siempre me miro cercado,
ó de mozos sin reserva
esencialmente ocupados
en disparados amores,
mas yá creo que he encontrado
un corazon como el mio:
quiero desahogarme un rato.
Yo no disfruto, Señora,
los júbilos de mi estado:
á una profunda tristeza
está mi pecho entregado.
Tuve un hijo á quien amaba:
no tuvo al nacer amparo
si no el de Dios, porque entonces
era yo un pobre soldado,
sin mas caudal que suspiros
que exhalaba á cada paso,
de ver su infelice suerte:
mejoró la mia el hado;
ascendí; y hoy que podía
protegerlo y ampararlo;
ignoro de él; heredero
de aquellos principios harto
lastimosos de mi vida,
sentó plaza de soldado
en el propio Regimiento
que hoy sirvo: los ojos clavo
quando algun soldado veo,
creyendo que estoy mirando
á mi hijo. Y quien diría
que amándole el pecho tanto
tal vez me fuera funesto
el momento de encontrarlo.
Est. Me compadezco de usted,
y habiéndome revelado
sus pesadumbres sería
un proceder, muy extraño
que las mias recatase.
A la verdad no me aparto
de conocer que es expuesta
la confianza. *Franc.* El acaso
convida á que mutuamente
con sencilléz nos digamos
nuestros sustos interiores:
Mas ola; si es necesario,
pondré el honor por testigo
del secreto. *Est.* Es escusado.
La cara de usted indica
qual es su espíritu: paso,
Señor Mayor, á decirle
la causa de mis cuidados:
en usted es la bondad
propension que la reparo
íntima, y cierta: usted puede
aligerar mi quebranto
en servirme, y aliviarme.
Desde que usted ha llegado
á esta casa, no respiro:
siento sobre mí un conato
de dolor, que no permite
á mi corazon descanso.
Sepa usted que el mismo jóven,
para esposo destinado
de mi hija, en este instante
se halla (¡o Dios!) amenazado
de la muerte. *Franc.* De la muerte?
Pues qué accidente le ha dado?
En qué puedo.. *Est.* ¡Ah! que no es eso,
si no es que... *Franc.* Señora claro.
Est. ¡Ay de mí! Suplico á usted
le liberte con su amparo
de la muerte, por que él es...
Sale Clara.
Clar. Madre, madre. *Est.* Qué te ha dado?
Clar. Socórralo usted, Señora:
Caballero: ¡Cielo Santo! *se desmaya.*
Est. ¿Qué ha sucedido? *Franc.* Yo estoi
sorprendido, vamos, vamos,
explíquese usted Señora:
que ha sido? *Clar.* Que unos soldados
se llevan á Dorimel. *Est.* ¡Oh Dios!
Clar. Sí Señora, entraron
y delante de mis ojos
le asieron; se apoderaron
del infeliz, y le llevan
como si fuese culpado.
El se dexa conducir;
lo miré, Madre, y fixando
su amable vista en la mia,
dió un suspiro destemplado:
Este amante corazon

le escuchó como presagio
de su fin; quise seguirle,
y lo impiden los soldados.
Est. ¡Ah Caballero! ¡Oh Señor!
Usted, pues que puede tanto
en el Regimiento, emplee
la autoridad de su cargo
en defenderle: usted tome
á cuenta suya el librarlo,
Su causa... Si usted supiese...
Franc. Si Señora, yo me allano
á la defensa; acabad
de revelar todo el caso.
Est. Hija mia (¡me estremezco!),
vete de aqui solo un rato:
tu madre te lo suplica.
Clar. Usted me mata con tanto
secreto: ¡infelíce Clara!
Pero obedezco: me aparto. *vase*.
Est. Me entrego á la confianza
de vuestro pecho Christiano.
Sabed, Señor, que ese jóven
por quien estaba implorando
á la clemencia de usted,
es desertor. *Franc*.¿Como? Quando...
Est. Si Señor, del Regimiento
que usted manda fué soldado.
Franc. Será posible... *Est*. ¡Infelice
de mí! Mas quien habrá dado
un aviso tan impío?
Franc. Usted, Señora, ha turbado
toda mi alma, estoy tal
que no acierto á dar un paso,
ni á producir un acento.
Est. En usted está esforzándo
la humanidad sus impulsos.
Franc. Sí; no hai duda, y para amarlos
concurre en mí un interés
tan escondido como alto.
Vivo, horrible y poderoso
es, Señora, el sobresalto
y terror que me motivan
todos estos desdichados
desertores. Ya no es tiempo
que en el asunto finjamos.
Mi hijo tambien lo és.
Est. Su hijo de usted? Sí acaso...
Franc. Si: mi hijo es Desertor,
y mil veces se me ha helado
la sangre, quando noticia
de alguna prision me han dado.
¡Oh Dios mio! Bien sabeis
quanto anhelo verle, y quanto
temo el hablarle. *Est*. ¡Qué he oido!
No sé que me está anunciando
el alma; pues Dorimel
dice, es hijo de un soldado
de Provenza. *Franc*. ¿De Provenza?
¡Que oigo, Cielo soberano!
En ese clima nací;
y podrá ser.... sin embargo,
no he de admitir una idea
tan cruel, sin apurarlo.
¡Ah! No puedo resistir
la incertidumbre: yo parto:
voy á verle: volveré. *vase*.
Est. ¡Qué combates! ¡Qué quebrantos!
¡Qué sostener! ¡Qué dudar!
Sale Cla. ¡Ay madre! Por mas que trato
de reprimirme, no puedo:
en lágrimas me deshago.
Est. Sosiégate. *Clar*.¿Que sosiegue?
Como, si está penetrado
mi corazon, con mil sustos?
Usted toda está temblando:
pues qué haré yo? *Est*. Cruel hija,
tú estás mi dolor colmando.
No me dexas respirar.
Clar. Pues Señora, yo qué hago.
Diga usted, ¿por qué lo han preso?
¡Ah! Acábeme el desengaño,
y no la duda. Yo ví
á Dorimel recatando
su persona; ví entrar gentes;
lo extrañé en todo su trato;
he oido de usted las voces
interrumpidas con llanto.
Ahora salió de aquí
aquel Oficial anciano,
todo trémulo y confuso.
¿Este conjunto tirano
de novedades, qué explica?
Est. Qué te estas tiranizando
la vida: esa fantasía,
(pronta á ponderarte estragos)
será un perpetuo suplicio
de tu sosiego. *Sale Oct*. Han quedado
ustedes con lucimiento:

bue

buena opinion han ganado,
con la prision del caxero.
Lo mal hecho siempre es malo.
Preferir un infelíz,
á un hombre circunstanciado,
¿qué podia producir
si no es males y cuidados?
Mis consejos buenos fueron.
Est. ¿Será usted capaz Octavio,
de hacernos un bien, siquiera
por la afliccion en que estamos?
Oct. Sí Señora, diga usted,
que á servirlas me preparo.
Est. Pues váyase usted de aquí,
que no estoi para escucharlo.
Oct. Primero es que ustedes sepan
el fin de la historia: entráron
á Dorimel en la guardia,
y un Sargento viejo y rancio....
Est. Ven hija, no le escuchémos,
pues los impiadosos labios
de ese loco, unicamente,
se mueven para matarnos.
Clar. No, madre mia, esperémos;
mi dolor excede á quanto
podré escuchar de su boca.
Oct. El asunto es nada largo:
el Sargento le miró
desde el pelo hasta el zapato,
y volviendo al Coronel,
dixo asi: no hay que dudarlo,
Desertor es. *Clar.* ¿Desertor?
Hay mi madre, ¡qué he escuchado!
Oct. Balcur, el Oficialito,
parece le ha delatado:
vaya este arbitrio que es bueno, *ap.*
por si acaso se ha internado
en el corazon de Clara,
y me sirve de embarazo.
Por fin, no tiene remedio:
el Consejo se ha juntado
á exâminar el proceso
que le tenian formado.
Mañana, al montar la guardia,
segun noticia me han dado,
los cascos de su cabeza,
serán muchas veces cascos.
Desmáyase.
Clar. ¡Ay de mí! *Est.* Váyase usted,
hombre mal intencionado,
vengativo, sin crianza,
¿se alegra usted de los daños
que nos oprimen? *Oct.* Qué fuera
que el génio desesperado
de usted, pretenda que yo
pague, de que los paisanos
de su mozo, hayan venido
doscientas leguas marchando,
y que por la desercion,
soliciten darle un chasco
en la tapa de los sesos.
Est. No sea usted tan pesado,
váyase, y aquí no vuelva,
ó me hará usted que olvidando
toda atencion... *Oct.* Ya me voi:
esto está muy encrespado. *vase.*
Clar. ¡Ah! ¡Qué terrible secreto
me tenia usted guardado!
¡Mi Dorimel Desertor,
y quizá ya condenado
á muerte! ¡Tremendos Jueces!
¡Decid, no podrán calmaros
mis lágrimas! ¡Madre mia!
¿Qué hacemos aquí? Corramos
á salvarle, ó á morir.
Est. Detente hija, recojamos
nuestras almas, y dexémos
dominarnos por un rato
de la esperanza que tengo
en el Oficial anciano.
Yo te ruego por mi amor,
por el contínuo agasajo
que me debes, que levantes
tu espíritu: sí; aprendamos
á sufrir los contratiempos
de esta vida. *Clar.* Quando estábamos
mas cerca de la ventura,
nos acometió el trabajo.
Est. Hija mia, la fortuna
se burla de los humanos,
y con golpes impresivos
se hace respetar de tantos.
Clar. ¡Qué pensamientos tan tristes!
Como estará el desgraciado
Dorimel; ¡Oh esposo mio!
Por mi situacion alcanzo
la tuya! No miro parte
que no vea mil amagos

de su muerte! Ah! ¡Qué tremenda
desesperacion aguardo!
¡Todo me confunde: todo
me espanta! *Est.*¡Qué veo! Huyamos.

Sale Balc. Ustedes tienen aquí
un hombre lleno de amargos
sentimientos, sorprendido;
sobre todo lastimado.

Clar. Señor, es usted un monstruo:
crea usted que abominamos
y maldecimos el punto,
el momento desgraciado
en que usted llegó á mi casa.

Est. ¿Qué haya usted sido tan baxo,
tan cruel, que delatase
á nuestro factor honrado?

Balc. ¿Cómo es eso? Voto á quien...
Señoras, vamos despacio.
Ustedes no han conocido
este corazon hidalgo.
¿Yo delatar? ¿Yo al factor?
Disculpo á ustedes, he dado
con mi génio algun motivo,
á concepto tan extraño.
Mas toda la actividad
de mi cariño ha cesado
en tratando asuntos sérios.
Jamas, Señora, he notado
tan conmovido el espíritu
(lo juro, sí) como quando
conocí aquel pobre jóven
en el quartel arrestado:
vergüenza me dá decir
(y lo digo) que he llorado
su desdicha. *Est.* Luego usted
no hizo prenderle? *Balc.* Me espanto
de imputacion tan odiosa.
Señora, esos desgraciados,
si fuese por mí, ninguno
moriría; no, y aguardo
que ustedes se satisfagan
en la verdad de mi trato.
Mi padre es el Coronel,
pasaré á sus pies volando,
le rogaré por la vida
de ese infelíz, y si alcanzo
su perdon, y le conduzco
á los amorosos brazos
de esta dama, quedaré
de su sospecha vengado.
Crea usted que las vivezas,
y afectos enamorados
de un Frances, jamás han sido
incompatibles, ni extraños
con la sensibilidad,
ni se oponen á los rasgos
de las virtudes. A Dios,
que el tiempo es corto, y el daño
corre á combatir las almas
cruelmente acelerado. *vase.*

Clar. ¿Podré esperar, madre mia,
algun consuelo? *Est.* Le aguardo;
todo el cuerpo de Oficiales
se declara en estos casos
á favor del pobre reo.
Clara, en el orbe Christiano,
jamás con serenidad,
firma la mas fuerte mano,
la muerte de un hombre. *Clar.* Sí,
es verdad, madre; miramos
que todos lloran, y todos
condenan. Los mas templados
desconocen la clemencia,
y decretan los estragos.
¿Pero qué hacemos aquí?
Ahora aquel desdichado
necesita de nosotras
mas que nunca. ¿Cielo santo
si muriese? ¡Horrenda imágen!

Est. Vamos, hija mia, vamos;
que nuestro Dios tutelar
es el Oficial anciano:
Tú conocerás su alma.
¿Qué titubean tus pasos?

Clar. Me siento débil: ¡Oh madre!
el corazon se ha dexado
poseer de una opresion
inexplicable: no basto
toda yo para mí misma.

Est. Ven, reclinate en mis brazos. *vas.*

ACTO QUARTO.

Salen Francal y Balcur.

Balc. ¿Tanto suspirar, Francal?
Conozco que te reservas
de mi amistad, y que tienes
causa de dolor secreta.
Yo reparé tu semblante

en el Consejo de Guerra,
pálido y desfigurado:
desde luego creí que eran
efectos de la piedad
con que siempre te interesas
por qualquiera Desertor.
Yo con íntima fineza,
procuré su libertad,
mas mi voto no aprovecha.
Fuí luego á ver á mi padre,
y á rogarle concediera
el indulto de ese pobre;
mas fué vana diligencia,
pues no le pude encontrar
en su posada. Sosiega,
que yo volveré mas tarde.
Franc. De tí espero esa fineza.
Siempre tu amistad ha sido
Balcur, apreciable y buena.
Compadécete de mí,
que como si mias fueran,
adopto todas las causas
de esos pobres. Vuelve, llega
á las plantas de tu padre,
y no te levantes de ellas,
sin obtener el perdon,
y quando de piedra sea
su corazon, logra al menos,
que la muerte se suspenda
de ese infelíz algun tiempo.
Anda, déxame; ¿qué esperas?
Balc. Concurriré á tus designios.
Quiero imitar la nobleza
de tu alma. ¡Oh digno amigo!
Ya voi al punto. *vase. Fran.* ¡Funesta
constitucion es la mia!
¡Qué padre habrá que se vea
en la amargura que yo!
¡Oh divina providencia!
Al fin, te sirves hacer
funesto el de mi carrera.
La mano que á Dorimel
guiaba en la infancia tierna
sus pasos en paz (¡ay Dios!),
será la que haga la seña
para su muerte! Corred,
corred, lágrimas apriesa. *Sale Est.*
¡Oh Señora! Ya le he visto,
y es mi hijo: compadezca
usted mi llanto profundo.
Est. ¿Hijo de Usted? ¡Cruel pena!
Franc. Sí, mi hijo: por instantes
esperaba yo esta adversa
fortuna, y pues ya llegó,
¿qué desdicha habrá que tema?
Est. Pero siendo hijo de usted,
esos Jueces no pudieran...
Franc. Las Leyes son inflexíbles,
y no conocen... *Est.* Ley fuera
justa y racional, mirar
por esa vida, por esa
que en continuadas batallas,
derramó su sangre mesma.
Franc. Sí; mi sangre; á ella ocurro;
de ella espero fortalezca
á mi corazon. Señora,
ninguna esperanza queda:
se ha decretado su muerte
unanimemente: ¡oh pena!
El Coronel es terrible,
como yo le hablase, hiciera
apresurar los momentos
de executar la sentencia.
Mire usted, que no descubra
mi secreto, ni se entienda
que es mi hijo. *Est.* Pues, Señor,
á lo menos no pudiera
confiar de sus amigos,
y exclamarles con terneza,
á fin de que se interesen
á libertarle. *Franc.* Usted piensa
que estos preciosos instantes,
los consagrára á las quexas
mi cariño, si importasen
al sacarle de la estrecha
constitucion en que se halla?
No, Señora, á las violencias
de ese imposible fallezco.
Est. ¿Quánto ascenderá su pena,
de haber encontrado á usted
quando la muerte le espera?
Franc. Ignora que soy su padre:
á mis ojos, y á mi lengua
impuse silencio. *Est.* Grande
es el valor que usted muestra;
mas casi toca en tirano.
Es posible que se dexa
un hijo en tanta afliccion,

sin revelarle?.. *Franc.* Eso fuera
debilidad de mi pecho,
en ocasion tan expuesta
á que todos lo entendiesen.
Quando él á mi quarto venga
yo le admitiré en mis brazos;
le daré de todo cuenta;
fortaleceré mi alma;
y en fin haré.. *Est.* Usted me yela:
yo no entiendo esos discursos;
se implican, y no me dexan
fixar concepto; si se halla,
pronunciada la sentencia
de su muerte, ¿cómo es fácil,
Señor, que á esta casa vuelva?
Franc. Porque habiendo prometido
en el Consejo de guerra,
baxo palabra de honor,
entregarle á la sentencia:
me dió el Consejo el placer
de que á mi arbitrio se tenga
la persona de este reo,
en el ínterin que llega
la hora de su castigo.
Baste ya de resistencia;
él sabe ser hijo mio
en la constancia que obstenta;
pues sepa yo ser su padre
en estas horas postreras.
Venga á mis brazos:.. *Est.* ¡Oh Dios!
alabemos tu clemencia:
¿que le he de volver á ver?
Franc. Me atemoriza, me llena
de confusion el pensar
(¡oh Señora!) el que se acerca
el trance de que aquí llegue.
Con él á solas quisiera
quedar. *Est.* Pues me iré. Sus ojos
me buscarán: estoy cierta
que ha de suspirar por verme. *vase.*
Franc. Dios pague á usted sus finezas:
¡oh qué ansioso está mi pecho
de gozar de las ternezas
de mi amado Dorimel!
Venga á mi presencia, venga;
acreedor primero soy
á que en mis brazos le vean
estos postreros instantes
de su vida. ¡Ah! ya entra.

Sacan á Dorimel los Soldados, dexándole solo, á una seña que les hace Francal.

Dor. ¡Qué fortuna es esta, Cielos!
Se retiran y me dexan
los Soldados. Buscaré
al iman de mis potencias:
á mi Clara. ¡Ah, Caballero!
usted es el que fomenta
mis alivios. A usted debo,
Señor, el volver á esta
amada casa, y á mas
mi humilde ruego le empeña.
Ya vé usted que estoy llorando;
pues estas lágrimas tiernas
no son por mí, (¡oh padre mio!)
la piedad del Cielo quiera
que exîsta tu amable vida.
¡Mas ay, Dios! ¿Qué será de ella
quando esta carta reciba?
Lo que le prometo en ella
es, Señor, que moriré
con la mayor entereza,
que hasta el último suspiro
observará mi obediencia
sus lecciones: que amaré
con resignacion perpetua
la Religion y el honor,
que es la fortuna mas cierta.
La beso, la reverencio,
padre mio, como prenda
de mi amor; despues de muerto,
te hablaré quando la leas.
Caballero, escuche usted
la súplica que me resta.
Mi buen padre, es un Soldado,
cuyo Regimiento, á fuerza
de trabajos de la mar
y fatigas de la guerra,
se disminuyó bastante.
Tengo noticia muy cierta,
que se ha incorporado á otro;
no sé el nombre; pero en esta
carta consta el de mi padre,
y su apellido: merezca
á la compasion de usted,
que llegue á sus manos. *Franc.* Venga.
Dor. La nema rompió, y la lee.
Franc. ¿Y tú quieres la respuesta

ántes de morir? *Dor.* ¡Oh Dios!
¡Con que alegria muriera,
si eso suceder pudiese!
Franc. Infelice Cárlos, llega;
aquí tienes á tu padre.

Francal le abraza, reclinándose en el hombro de Dorimel, y éste se pone de rodillas; ase las manos, y se las besa.

Dor. Padre mio. *Fr.* ¡Hora tremenda!
Dor. ¡Qué feliz instante! *Fr.* ¿Olvidas,
hijo mio, el que te espera?
Dor. Le olvido, pues anhelaba
con tal ansia la alhagüeña
fortuna de ver á usted,
que por este gusto diera
voluntario muchas vidas.
Alabo la Providencia
de mi Dios, que á costa de una
este placer me franquea.
Franc. ¿Y dime, Cárlos, se siente
tu buen corazon con fuerzas,
para someterse al duro
impulso, á la saña fiera
de aquella mano insufrible,
inexôrable, y acerba?
En aquella última hora,
que todo mortal respeta,
con un horror indecible,
tendrás constancia? *Dor.* Tendréla;
estoy resuelto, y por mas
que el alma sensible sea,
sabré morir sin temor.
Franc. Si alguna turbacion llega
á querer debilitarte
en la lamentable escena
de tu muerte, mírame;
yo estaré de tí muy cerca,
y con sola una mirada,
te animaré. *Dor.* ¡Rara pena!
¿Pues qué usted ha de asistir?
¿Se ha de hallar presente? *Fr.* Es fuerza.
¿Ignoras que á mí me toca,
Cárlos, el hacer la seña?
Yo no puedo abandonarte:
sí, te seguiré aunque muera.
No me apartaré de tí
hasta que desaparezca
tu espíritu á refugiarse
en la alta benevolencia
de un Dios que es Padre comun.
¿Y qué Padre? Mi paterna
ternura, no es ni un remedo
remoto de su clemencia.
Dor. Ese Dios á quien adoro,
sabe bien quán fuerte guerra
se ha movido en mis sentidos,
se ha trabado en mis potencias.
Ya yo iba á morir en paz,
mas me habla con vehemencia
todo el amor de la vida.
Estrecho me miro entre estas
queridas amables manos.
Y apenas, Señor, apenas
las baña un llanto gozoso,
quando mi oido penetra
una voz desapiadada
que me llama y me violenta
al lugar en donde miro
ya mi sepultura abierta.

Salen Clara, y Estefanía.

Vamos á morir. *Clar.* Esposo,
¿á morir? ¿Pues qué asi dexas
abandonado mi pecho?
Si te desaparecieras
á mis ojos, ¿qué consuelo
mi vida tener pudiera?
No, mi bien, este Señor
que la dicha me dispensa
de volver á verte, hará
esta fortuna perpetua;
vivirás siempre en mis brazos,
no habrá alguno que se atreva
á apartar mi corazon
del tuyo. No.... *Dor.* Fortaleza,
y no la miremos, alma.
Clar. Dorimel, ¿qué accion es esta?
¿No quieres mirarme? Acaso
te fatigan las finezas
de mi cariño inocente!
¡Me olvidas ya! ¡Me desprecias!
¡No quieres ser mio! *Dor.* ¡Ah Clara!
Clar. ¡Ay Esposo! ¿Quién alegra
tu semblante de improviso?
Dor. Mi Clara, cesen las penas;
no han de ser todas las horas
tan amargas, y violentas.
Consagrémos este dia

al gozo, y la complacencia.
Clar. ¿ Se ha conseguido tu indulto?
¿Se revocó la sentencia?
¿Pues por qué, Dorimel mio,
callas noticia tan buena?
Dor. He logrado el beneficio
mas superior que pudiera
yo imaginar : he encontrado
amada y querida prenda,
á mi buen padre : este es;
llega, esposa mia, llega,
arrójate en estos brazos
llenos de amor y clemencia.
Clar. ¿Usted es su padre? *Franc.* Sí;
título que la inclemencia
del destino va á quitarme.
Est. El corazon me penetran.
Clar. Tambien es usted mi padre:
toda el alma me aconseja
que la vida de mi esposo
á mi padre le agradezca.
Usted le ha de libertar.
Dor. Clara, las instancias dexa,
por que son infructuosas,
y te afligen ; mi fineza
está ya sacrificada
á la desdicha postrera.
Juzgo no debo aspirar
á tu mano : mis firmezas
se acrisolen, apartando
con gloriosa resistencia
tus fortunas de las mias.
Dichoso el que te merezca.
Clar. ¡ Desapiadadas palabras!
¿ Eres tu quien me consuela?
¿Eres tu á quien esta alma
honestamente se entrega?
Est. Conteneos, hijos mios.
Considerad con prudencia
que esos raptos amorosos
son mas agudas saetas
que traspasan nuestros pechos.
Esperad que el cielo quiera
determinar de vosotros;
y tened gran reverencia
á dos almas que afligis.
Dor. Señora, siento se eleva
mi corazon á esperar
recibir con fortaleza
la muerte, ni aun un amago
se verá en mí de flaqueza.
Pero esta alma agradecida,
no puede borrar la idea
del bien que esperaba : no:
todo el poder de la tierra,
todo el rigor del destino,
todo el horror que me espera
no podrán debilitarla.
Rompese asi á la violencia
de dias afortunados,
aquella dulce cadena
que el amor me preparaba,
que no bastará su fuerza,
que uno de ellos á lo ménos,
en los instantes que quedan
no sea mio. Tu me amas
Clara, sí; mi reconpensa
honestamente me atrevo
á pedir aquí : fallezca,
fallezca mañana yo,
como ser esposo pueda
de Clara, titulo honroso
que vos, Señora, vos mesma
me destinasteis : ¡ oh madre!
¿ Que decis? Esa alma bella,
no puede como el destino,
mudarse. *Est.* ¡ Cruel! Me penetras
todo el corazon. *Dor.* ¡ Ha padre!
No os ofenda mi terneza:
procede de un amor casto,
síncero, y puro, que aprecia
la virtud de aquella amable
honesta muger : proteja
vuestro labio aquesta union.
Si os quita la suerte adversa
un hijo, aquí os quedará
una hija, que esas tiernas
lágrimas, sabrá enjugar.
Logre yo en la hora postrera
solo el nombre de su esposo;
y basta para que crea
que ya he vivido bastante.
Clar. ¡Hay madre mia! ¡ Me quiebra
el corazon! Yo le quiero
con toda el alma. Ya es fuerza
confesarlo á voces, quiero
ser su esposa, aunque le pierda;
aunque el mundo lo murmure.

Mi mano, que quando era
dichoso, se la ofrecí,
no es razon que ahora la pierda
por ser desgraciado; no.
Désela usted; el cielo ordena
este vínculo, formado
ante él mismo en su presencia.
En nombre suyo los Jueces,
los Jueces que le sentencian
sabrán respetarle, y no
osarán cortar su estrecha
union sin estremecerse.
Sí; mi Dorimel, no temas:
hemos de vernos unidos;
y triste del que se atreva
á separarnos. *Dor.* ¡Oh Dios!
Alabo tu providencia.
¿Y dirán que yo no soi
dichoso? y habrá quien pueda
ya hacerme infeliz? ¡Oh Muerte,
ven, y descarga tu acerba
guadaña sobre mis hombros!
Ya no tiene tu violencia
porque tardar, porque ya
experimenté en la tierra
la verdadera amistad,
el puro amor, y terneza.
Franc. Señora, soi de dictámen
que el debido efecto tenga
el matrimonio: no obstante
harémos de ellos reflexâ.
Retirémonos ahora
á pensar de la materia,
con sério escrúpulo. *Est.* Vamos,
Clara. *Clar.* Madre, ¿y si se llevan
á mi esposo? *Franc.* No, hija mia,
yo te prometo que vuelvas
á verle, y hablarle. *Clar.* ¡Oh Padre!
Usted es quien me consuela.
A Dios, Dorimel amado.
No estés triste: esposo alienta,
porque los cielos piadosos
en las mayores miserias
no prohiben la esperanza.
Dor. Tesoro es que se reserva
para las tristes: mas yo
destituido soi de ella.
Clar. A Dios mil veces, á Dios,
vida de un alma que alienta
en fé de que es toda tuya. *v. las dos.*
Franc. Ya estamos solos; es fuerza,
Cárlos, que á una reflexîon
todo tu aliento concedas.
El dia pasado (¡ay hijo!)
te permitía pudieras
esperar muchos de vida;
el de hoy apenas te dexa
una remota esperanza
de esa débil existencia.
De las glorias de este mundo
tocando estas las postreras
líneas, Cárlos, y parece
que ahora á vivir empiezas,
segun estás olvidado
de tu infelice sistema.
Dor. ¿Olvidado, Señor? ¿Como?
Franc. Lisonjeando tu idea
con un vínculo de amor
humano, y queriendo fuera
efectivo el matrimonio
con esa hermosa doncella.
Es una vana ilusion
quanto vemos en la tierra.
Solo Dios es realidad;
no hay mas que Dios; bien lo observas
en el inmenso conjunto
de las substancias. No atiendas
á la pequeñéz del mundo,
si no solo á su grandeza.
Dor. En esos brazos, ¡oh padre!
el alma mia deshecha
de los terrores del mundo,
humildemente protesta
que es Dios su único objeto.
Franc. En su divina presencia
te has de ver presto, hijo mio,
y es justo que te desprendas
de los deseos mundanos;
á una pregunta severa
responde: ¿qué sacrificio
has hecho? ¿Qué digna ofrenda
llevas para parecer
ante el trono de la excelsa
Magestad que ha de juzgarte?
¿Morir? Cumplir la sentencia
que no puedes evitar,
no es bastante, quando llegas
á tocar la postrer hora;
y los minutos que quedan
solo á Dios no los dedicas?

Dor. ¡Ah Padre! ¿Pues qué, pudiera
agraviarse el Dios que adoro
de una accion, pura, perfecta,
formada en su nombre? *Franc.* No.
Dor. Pues sino, ¿en qué está la ofensa?
Clara y yo darémos juntos
gracias á la Omnipotencia,
de que ha permitido unirnos
como hermanos, mientras llega
la eterna separacion.
A su alta providencia
con un corazon constante
nos sometemos, y ella
siendo mi esposa podrá
á la voluntad suprema
entregarme, y yo dexarla
confiada á su clemencia.
Franc. Pero si fuese posible
morir en esta hora mesma
sin verla mas, sin hablarla;
si ahora mismo la tremenda
voz te llamase á cumplir
la inexsôrable sentencia,
se abatiria tu espíritu?
marcharias sin violencia
al suplicio, venerando
la ley, cumpliendo la deuda,
y adorando á Dios, humilde?
Dor. En mis desdichas, y penas
amaré, siempre constante,
la divina providencia.
Franc. Ya lo has pronunciado, hijo,
y yo fio en tu promesa.
Vamos. *Dor.* ¡Oh Dios! Se me arranca
el corazon; veo es fuerza
ir á morir; pero qual
es mi delito? *Franc.* Y qual era
el de innumerables hombres
que en el horror de la guerra
perecieron á mi lado?
Vengando estaban la ofensa
hecha á la pátria, y con todo
murieron: aquellos eran
inocentes; y tú, Cárlos...
Mas solo quiero que sepas
en tal caso que la ley
es general, y la quexa
inútil. *Dor.* Esforzaréme,
¡Oh, qué angustia tan severa
es, perder la vida, padre,
tan improviso á las puertas
de una dicha inesperada!
Quando un padre, y una honesta
idolatrada muger
me prometen complacencias,
triunfan de mí los sentidos,
vacilan, se me despeñan.
Veo que soi meramente
un débil mortal. *Franc.* Alienta,
Cárlos de mi vida, sabes
quien á los hombres consuela
quando sus calamidades
al último extremo llegan;
quando todo se desliza
de sus manos, quando esperan
un precipicio ignorado,
¿quién es el Juez que se esmera
en socorrernos? *Dor.* Dios es.
Franc. Su presencia nos rodea.
Los mas mínimos suspiros
recoje: si la flaqueza
te acomete, habla á su vista,
y caerás con fortaleza
sobre su sagrado seno.
Las almas nada grangean
con irritarse; el rebelde
hace su desgracia eterna.
Levanta el rostro abatido,
y como hombre de bien muestra
valor Christiano. Sí, Cárlos,
no ofenda á Dios tu tristeza.
El vil incrédulo tiemble,
tiemble, sí, lo que le espera;
pero tú que estás mirando
mas allá de la miseria
de esta vida, mejor vida,
Cárlos mio, no suspendas
el arrojarte á los brazos
que benigno te presenta
nuestro padre universal.
Dor. ¡Oh Padre! ¡Sublime idea!
vamos á morir al punto.
Fr. Vamos, Cárlos. *Dor.* Se me quiebra
el corazon. *Franc.* ¿No me sigues?
Dor. Un solo instante... *Fr.* ¿Flaquéas?
¿Vacilas? ¿Y lo que acabas
de ofrecerme? *Dor.* Es á mis fuerzas
superior lo que ofrecí:
el destino me atormenta
de Clara, mas que no el mio;

qu

que la dexo en las miserias
de este mundo vil. ¡Oh Dios!
vos que sois la bondad mesma,
viendo su grande virtud,
cuidareis de su inocencia.
Yo os la entrego. ¡Oh Dios! ¡Ay Clara!
Pero mi pasion se venza:
Dios es primero que todo:
él me anime, y fortalezca.
Señor, vamos: de una vez
se rompa aquesta cadena:
mis trémulas manos pongo
en las de usted. Padre apriesa
sáqueme usted de esta casa;
lléveme usted donde quiera.

Franc. Basta hijo mio; el Señor
que vigilante se esmera
en cuidar de tí, no quiere
mas que probar tu obediencia.
Completáste el sacrificio;
y asi en el tiempo que queda,
volverás á ver tu Clara;
la cumplirás la promesa
de ser su esposo; y despues
con católica entereza,
pasarás á prevenirte
para sufrir la sentencia.

Dor. Mas estimo estos minutos
que la fortuna me dexa,
que los mas preciosos dones.
Usted cuidado no tenga
de que en ellos me aficione
á las cosas de la tierra.
Ya me considero en el
teatro de mi tragedia,
rodeado de la tropa;
y que á una señal... *Fr.* No: espera
no acabes esa razon.
Veo que las almas nuestras
se entienden: leo en tus ojos
la incontrastable firmeza
de la tuya; sí, eres mi hijo:
ven, y en mi seno te alverga.

ACTO QUINTO.

Sala de Francal, con luces sobre un bufete: en una silla Clara dormida entre los brazos de Estefanía; Dorimel tiene en sus manos una de Clara, y la vista fixa en ella, suspira; quiere hablar, y lo rehusa por no despertarla; levàntase con mucho tiento; y en la punta del teatro, dice con voz dolorosa y baxa.

Dor. Fatigados con el llanto
ceden sus ojos al sueño.
Descansa inocente esposa;
engaña tu mal durmiendo;
pierde la horrorosa idea
de este mundo. ¡Oh quanto temo
el instante en que despierte!
¡Qué doloroso! ¡Qué acerbo!
Ahora oí que pasaban
las compañias: recelo
que mi padre venga; y miro
quán rápido vuela el tiempo
á completar mi tragedia:
solo falta (¡oh que tormento!)
el lance de separarnos.
Ay Clara mia, evitémos
un á Dios tan doloroso.
Veré si evadirme puedo.

Clar. Dorimel, Dorimel mio. *soñando.*

Dor. ¡Mas qué oigo, y miro! Algun sueño
la extravia; se sonrie
y dá muestras de contento.
Horrenda cosa es pasar
de sus brazos alagüeños
á la muerte que me espera!
¡Oh Dios piadoso, y supremo!
Si es decente desahogo
del corazon el lamento
y la quexa, recibid
estos suspiros postreros.
Ya no volverán las horas
que ha consagrado mi pecho
á este casto amor, daré
las que quedan al esfuerzo
y resignacion en quanto
vuestra justicia ha dispuesto.
¡Ah! Todavia me falta
aquel instante tremendo
en que se conmueve el alma
mas constante: dadme aliento.

Clar. Vuestra Magestad es Rey;
es Dios de la tierra; dueño
de la vida de mi esposo:
¿Me la concedes? La acepto.
¿Dorimel?

Dá un grito, despierta y Dorimel se echa á sus pies, abrazándola.

Dor. ¿Esposa? *Est.* Clara.
Clar. ¡Ay infelíz! Era sueño:
creí que estaba á las plantas
de tu Rey piadoso, y tierno;
aquel de quien me has contado
tantos virtuosos hechos;
le imploraba por tu vida
y obtuve el perdon: no puedo
creer que esto ha sido engaño.
Presagio es felíz del Cielo;
no morirás, Dorimel.
Est. ¡Oh Dios! ¡Qué cruel tormento!
Dor. ¿Clara? No es posible hablarla.
¡Oh Desdichado! *Clar.* Ya puedo
levantar el grito: vengan
los asesinos perversos
que conspiran contra tí.
Vengan, vengan y verémos
si te sacan de mis brazos.
Tú, mi bien, no eres de aquellos
reos, por cuyo castigo
claman los mortales: ellos
se compadecen de tí;
y Dios, que es padre supremo
no querrá desamparar
Vá á salir Francal, los vé y se retira al instante: pero Dorimel lo advierte.
mi inocencia. *Est.* ¡Oh! qué violento
padecer. *Dor.* ¡Terrible golpe!
Esposa mia, mas temo
tus lágrimas que la muerte;
bien tu corazon comprehendo:
mas oye aparte. Mi padre
vendrá al instante: yo debo
presentarme ante mis Jueces.
Mas antes hablar debemos
los dos á solas. ¡Ah, Clara!
modera tus sentimientos;
corrige tus afliecciones
que martirizan á un tiempo
el alma de vuestra madre,
y la mia. *Clar.* ¿Tengo imperio
sobre mi dolor? acaso
viendo á quien amo en tal riesgo
podré reportarme? ¡Ah! no.
Dor. Señora, por Dios la ruego
que nos separe. Sí, madre.
Est. Por todo el amor que os tengo
os pido que os aparteis.
Clar. Me arrebata ese precepto;
pero antes dime, te queda
alguna esperanza? *Dor.* El Cielo
jamás destituye de ella
del todo á nadie; y aun puedo
esperar me ampare. *Clar.* A él
en la afliccion que padezco
te encomiedo: á Dios. *Dor.* A Dios
Est. Ven, hija, porque imploremos
su clemencia. *Clar.* ¡Ay madre mia!
con qué eficacia que pienso
invocarla. *vanse.* *Dor.* Qué temor!
Qué confusion, y desvelo
me daba el que se quedasen!
Me pareció que á lo léjos
habia visto á mi padre.
Dorimel, ea, elevémos
la constancia, los alhagos
del Mundo son un momento.
Tal vez estas dos que ahora
de mi se apartan gimiendo,
de aquí á muy pocos minutos
me verian como objeto
horroroso, y despreciable.
No me engañé, que allí veo
á mi padre. *Sale Franc.* Estuve
oculto en ese aposento
hasta que se fuesen: venga,
la mano: hijo mio; ¡bueno!
No tiembla: (¡espíritu grande!)
hoy mas que nunca te quiero.
Sabe que vengo á buscarte.
Dor. ¿Está ya todo dispuesto?
están los soldados prontos?
Es hora ya? *Franc.* El Regimiento
quedó formado en la Plaza:
el Piquete abajo dexo
que es el que ha de conducirte.
Dor. Pues en qué nos detenemos?
¡Ah! Sí; amado padre mio,
no vea usted el horrendo
espectáculo: la muerte
no es capaz de darme miedo;
pero sí, el considerar
los atroces sentimientos
con que el corazon de usted
será penetrado. *Franc.* Bueno:
las extremadas desdichas
causan en los nobles pechos
un extremado valor.
Dor. Ese generoso aliento

de que usted se arma, es virtud
bastante terrible. *Franc.* Es cierto;
pero necesaria á entrambos.
Dor. ¡Ah buen Padre! Solo debo
desear que la sublime
doctrina y Christiano aliento
de usted hieran mis oídos.
De Dios solamente hablemos,
pues voy á morir, y ahora
por que ratifique el Cielo
el perdon que á usted imploro
vuestra bendicion espero.
Franc. Yo te la doy, hijo mio:
Dios te reciba en su seno
como yo en aquestos brazos.
Dor. Fortalecido me siento:
partamos. *Sale Balc.* Noble soldado
espera, que aunque mis ruegos
en la impiedad de mi padre
ningun fruto produxeron;
aunque inflexîble á mis voces
se manifestó, hay remedio.
Escucha, Mayor: en tí
consiste ya el que librémos
este desdichado jóven.
Fr. ¿Librarle? ¿Cómo? *Balc.* Oye atento,
y con ánimo de hacer
quanto diga: el Regimiento
está aguardando: delante
de estas casas, se hallan puestos
en dos filas los Soldados
que han de conducirlo. *Fr.* Pienso
que no evitas el peligro,
y me ponderas el riesgo.
Balc. No te precipites y oye
con paciencia lo que intento:
tiene esta casa un postigo
(que ahora de verle vengo)
y confina con el campo
donde preparado dexo
mi silla de posta, y dos
criados mios secretos,
y esforzados: ellos saben
que deben obedecernos.
Toma este salvo conducto,
que aunque está á mi nombre puesto,
puede servir á su fuga.
Sin dilacion vamos. *Franc.* ¡Cielos!
Espera Balcur: ¿no adviertes
para librarle otro medio
ménos cruel? ¿No reparas
que te expones? *Balc.* No tratemos
del riesgo á que me aventuro:
yo quiero llevar á efecto
esta idéa, y si la lógro,
ninguna afliccion respeto.
Franc. Me atormentas: quien te inspira
tan benéficos extremos?
Balc. Me mueve á ternura el ansia
de ese pobre jóven: verlo
perder la flor de su vida:
¿Y en qué ocasion? ¿En qué tiempo?
Quando una hermosa doncella
le convida á sus honestos
brazos; y quando aguardaba
ser dichoso: demas de esto,
me debo á mí el ampararle;
que hay quien tuvo atrevimiento
de juzgarme delator.
Dor. Infinitamente es ménos
quanto yo puedo decir,
respeto de lo que siento,
al mirar esa bondad.
Franc. Has traspasado mi pecho
con tan agudas saetas,
que apenas respirar puedo.
Admiro tu corazon
y tu espíritu: prometo
que no olvidaré jamas
una accion tan digna. *Balc.* Presto;
si le amas, no le estorves
la fuga á que me intereso.
Mis armas y mi uniforme,
que en la misma silla dexo;
ese pasaporte, ó salvo
conducto, mi nombre mesmo;
mis criados, y algun oro
que en este bolsillo entrego,
facilitan esta marcha;
y fuera de cumplimientos.
No me despido: á la plaza
voi para darte mas tiempo. *vase.*
Franc. Dorimel, ¿qué dices tú?
Dor. Yo siempre á usted me sujeto.
Fran. ¿Ignoras que amo tu vida?
Dor. Eso, Señor, lo sé cierto;
¿mas sabe usted que yo estimo
su honor y opinion? *Franc.* Lo creo;
¿pero la naturaleza
que con impulsos secretos

me

me está hablando? *Dor.* Usted podrá
imponerla aquel silencio
conveniente á que no rompa
los límites mas excelsos.
No le han confiado á usted
á este miserable reo,
baxo de las altas prendas
de palabra y juramento?
Fr. Sí, mas... *Dor.* Pues bien, mire usted
que los hombres no son dueños
de sacrificar su honor.
Usted contrajo el empeño
de entregarme, y usted debe
cumplirlo, pues es primero
la estimacion que la vida.
Franc. Hijo, sin embargo de eso,
tú eres el heroe aquí,
yo el hombre débil ser quiero,
el corazon me lo manda;
y en este instante no entiendo,
otras leyes que las suyas.
Ven, ponte en salvo. *Dor.* Primero
la muerte padeceré,
que el oprobio de usted. *Franc.* Eso
es temeridad. *Dor.* Es honra.
Franc. En este punto funesto,
toda consideracion
se desvanece al talento:
solo tu riesgo diviso
hijo mio, aprovechémos
esta ocasion de librarte,
pues nos atropella el ceño
de la suerte, y se destruyen
mis esperanzas. *Dor.* ¿Tan presto
queria usted que olvidase
sus christianos documentos?
No Señor, yo he de morir;
de que sirve dilatémos
este trance indispensable? *Fr.* Hijo.
Dor. Padre. *Franc.* ¿No hay remedio?
Dor. No, padre mio. *Franc.* Pues ven,
y fortalezcate el cielo. *vanse.*
Salen Clara y Estefanía.
Clar. ¿Qué se le llevan? ¡Oh madre!
Usté es cómplice con ellos,
no me ha dexado salir:
mi esposo, mi bien, mi dueño
va caminando á la muerte:
su padre, su padre mesmo
le conduce. ¡Ah! No es posible
que haya para mí consuelo.
¿No me habla usted, madre mia?
¿Me dexa usted? *Est.* Yo te ruego,
Clara, te duelas de mí:
á una alma llena de afectos
fúnebres y dolorosos,
á este corazon deshecho
en suspiros, no precises
á que te consuele: siento
tus pesares, y los mios;
y de tu virtud espero,
que mires por esta madre,
y teme herirme de nuevo.
Clar. ¿Quién se apiadará, Señora,
de estos horribles tormentos?
Son indecibles: mi madre
ya no me oye: solo veo
ilusiones que me espantan:
todo se va obscureciendo
á mis ojos desgraciados.
Y solamente estoi viendo,
entre obscuras tristes nuves,
el sepulcro de mi dueño.
La imagen de Dorimel,
sí, de mí esposo; yo muero.
Est. ¡Tremenda constitucion! *tocan.*
Clar. Dios mio, qué oigo! ¡Qué estruendo
hiere mis oidos! Madre,
será este ruido... no puedo
hablar; desde aquí descubro
la plaza: ¿en qué me detengo?
Penetraré por las filas,
y quando con mis lamentos
no enternezca á esos mortales,
(cuyas almas son de acero)
oirá mi último á Dios.
Est. Detente. *Clar.* Ya me detengo:
bastante me ha dicho usted
(¡oh madre mia!) con eso:
ya no hay esperanza. *Est.* No,
no la hay Clara, no la encuentro:
tú has llegado á discurrir
lo peor de estos desvelos.
Nuestro único recurso,
es levantar á los cielos
las débiles manos. *Clar.* Sí,
le abandonan: ya lo advierto.
repiten el toque á bando.
Otra vez tocan á bando.
O bélicos instrumentos,

¿pc

¿por qué para mí sois rayos,
si para todos sois trueno?
¡La sangre se me va helando!
Me parece que le veo
puesta la venda en los ojos,
esperando el tiro horendo.
¡Ah! ¡Qué triste situacion!
¡Qué fatal instante! Pero
al estrépito sucede (*maya.*
un espantoso silencio. *tiros, y se des-*
¿Qué será esto? Hay Dorimel...
Est. ¡Amada Clara! *S. Bal.* Estoy ciego
de furor; ¡qué me ocultasen
tan prodigioso secreto!
¡Qué heroismo de uno y otro!
¡Qué espantosa escena! ¡Cielos,
su hijo, y llevarle él
al suplicio! ¡Mas qué veo!
¿Señoras? *Est.* Prosiga usted,
hable, que ya no hay acento
que nos pueda traspasar
mas el corazon, deseo
que sus últimas congojas
las pinte usted, y en mí siento
la triste necesidad
de saberlo todo. *Balc.* Atento
á su estado, y á mi honor
le facilité los medios
para su rápida fuga;
y yo estaba placentero
de ver que á su libertad,
concurrian mis esmeros.
Mas un rayo de la esfera,
fulminó contra mí incendios,
al mirar que entre las filas
caminaba á pasos lentos.
La infelíz última víctima
parecia Francal; tierno
le abrazaba muchas veces.
Admírase el Regimiento
de tan grande humanidad,
y no comprehende el misterio.
Notábasele alterada
la voz y confuso, incierto
en las acciones, no osaba
levantar el brazo diestro,
á fin de hacer la señal,
probó su valor á ello,
y le faltaban las fuerzas.
Ahogándose en sentimientos
se volvió á los Oficiales,
y les dixo: compañeros,
no pretendais que esta mano
trémula exerza su empleo;
no podrá hacer la señal
de la muerte de este reo
sin que á la naturaleza
profane los privilegios.
Ella puede mas que yo,
y revela mis secretos.
Ese hombre constituido
en tan miserable extremo
es hijo mio: sí, amigos,
dexad que le arroje al cuello
estos brazos, y la ley
dos víctimas hiera á un tiempo.
Estrechóle tiernamente
con ellos, ácia su seno
y sin poder desprenderse
lloraban. ¡Oh Dios supremo!
Aquí miré los semblantes
inmutados, descompuestos
de dolor. Nadie podia
reprimir el desconsuelo.
Yo, mas cobarde que todos,
al triste padre me acerco:
le aparto del infelice
Dorimel, y le aconsejo
no pronuncie la sangrienta
execucion del decreto.
A todos pido suspendan
la justicia, los momentos
suficientes, á que llegue
á esta casa: así lo hiciéron
en hombros de dos Soldados
le conduxe á su aposento;
allí entregado al dolor,
clama á su destino adverso;
y si le he dexado, ha sido
por acudir como debo
á fortalecer á ustedes,
á consolarlas; detexto
aquella ley homicida
del Héroe mas excelso
que la honra de su padre
prefirió á su vida; y esto
hace gloriosa su muerte.
Est. ¡Oh si ese golpe violento
me hubiera alcanzado á mí
con igual rigor! Muriendo
con Dorimel, terminaban
las congojas que padezco.

Sa-

Sale Francal en brazos de dos Soldados, y vuelve en sí Clara.

Balc. Francal viene. *Cla*. ¡Ay padre mio!
Dígame usted que se ha hecho
mi Esposo? *Franc*. En la eternidad,
hija mia, está pidiendo
constancia para nosotros.
Clar. ¡Qué bárbaros! ¡Qué perversos!
Franc. Son inmutables las leyes
nuestras: mas, hija mia, debemos
consolarnos. Dorimel
en aquel lance funesto
se ha mostrado superior
á los terribles decretos
de su castigo; no tuvo
á la horrible Parca miedo.
Mis paternales abrazos
le animaron, le infundieron
vigor, y de él recibí
entre suspiros honestos
las últimas fieles prendas
de su ternura y afecto.
A tí y á esa respetable
piadosa muger, de génio
tan sensible como el tuyo,
sirva de mútuo consuelo
á nuestras almas, saber
que murió sin echar ménos
cosas del mundo, adornado
de aquel magnánimo aliento,
y entereza, distintivo
noble, apreciable y excelso
del género humano. *Clar*. ¡Oh Dios!
En tu Tribunal supremo
solo pueden remediarse
las injurias que le han hecho
los mortales á mi esposo.
Est. Amada Clara, pensémos
en que el título de viuda
de un hombre de tanto esfuerzo,
te está obligando á imitarle
en la virtud: ¿mas qué veo?

Sale Dorimel presuroso, acompañado de vários Soldados y Oficiales del Regimiento.

Dor. Esposa, padre, Señora.
Franc. ¿Hijo? *Dor*. Vivo estoy.
Est. ¡Ay, Cielos!
Clar. ¿Dorimel? *Dor*. ¡Esposa mia!
Clar. Es posible... *Balc*. Yo lo observo,
y lo dudo. *Franc*. ¿Qué prodigio
inesperado me ha hecho
afortunado? *Un Oficial*. Escuchad:
nuestro General experto,
en quien es la vigilancia
columna de su gobierno,
parece habia salido
á reconocer los Puertos;
y arribando á esta Ciudad
en el sensible momento
que nuestro Mayor Francal
se retiró, tuvo expreso
aviso de quanto pasa;
con que reflexîon haciendo
del pundonor sin igual
de padre y hijo, rompiendo
por el concurso al suplicio;
suspendió á todos diciendo
que no solo perdonaba
á Dorimel el exceso
de la desercion que daba
motivo á tan triste exemplo,
si no tambien declaraba
por uno de los progresos
mas ilustres de la Francia,
el conservar dos sugetos
tan dotados de heroismo.
Los Soldados ya dispuestos
á emplear en Dorimel
de sus fusiles el fuego,
inflamados de alegria,
salva con ellos hicieron
á nuestro Gran General.
Finalmente en un momento
el teatro del horror,
de la confusion, y el miedo,
se convirtió en mil aplausos,
y en universal contento.
Clar. Mil veces sea bendita
la piedad que te ha devuelto
á mis brazos amorosos.
Dor. Nueva vida cóbro en ellos;
y en los de este amable padre,
á cuyos méritos debo
el mejorar mi fortuna.
Franc. Hijo, de Dios dependemos;
á él se le debe la gloria
y la alabanza: pensémos
en serle reconocidos
y con decentes festejos,
celebrarémos ahora
tan venturoso suceso.

FIN.

